



www.loqueleo.com

© 2015, Oswaldo Encalada Vásquez

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-551-7

Derechos de autor: 047061

Depósito legal: 005353

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2015

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Agosto 2016

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Eulalia Cornejo

Corrección de estilo y actividades: Gabriela Tamariz

Diagramación: Ana Cristina Realpe

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

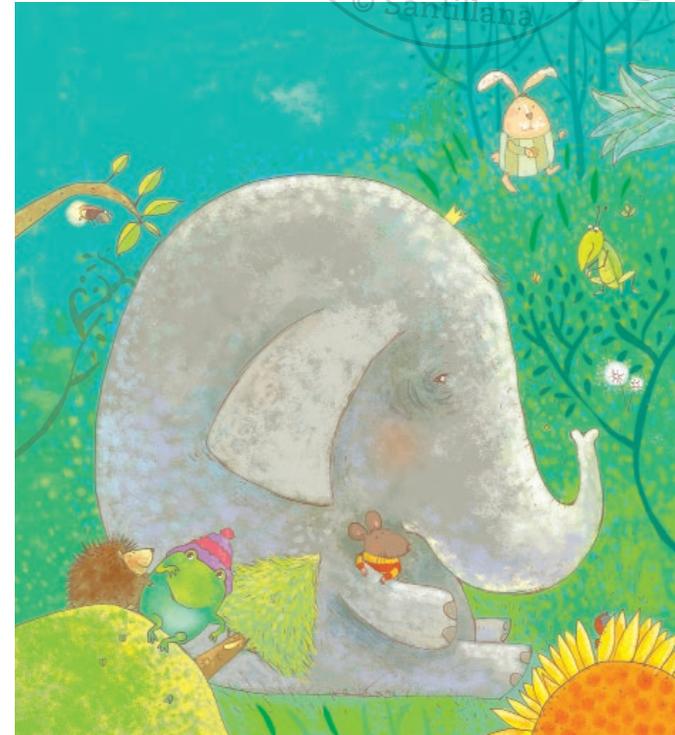
Muestra
promocional

Arturito y Bonifacio

Oswaldo Encalada Vásquez

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto

Índice muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



Arturito y Bonifacio 9

Biografía 63

Cuaderno de actividades 65



Las llamas de la fogata iluminaban temblorosamente a los dos hombres, que se habían sentado para conversar.

—Lo que antes era sospecha, ahora es seguridad —dijo el dueño del circo.

—Sí —confirmó el domador—. El Rey Arturo está ciego.

—Por poco mata a la trapecista —se lamentó el dueño.

—Ciego total y sin remedio —continuó como hablando consigo mismo el domador.

—Tenemos que deshacernos de él, pero ¿cómo?, ¿qué hacer? —preguntó desalentado el dueño.

—Podríamos venderlo a un zoológico. Ya sabes: carne para los leones, para los tigres —sugirió el domador.

10 —No, nadie nos lo compraría —explicó el dueño.

—El marfil también podría servirnos —añadió el domador.

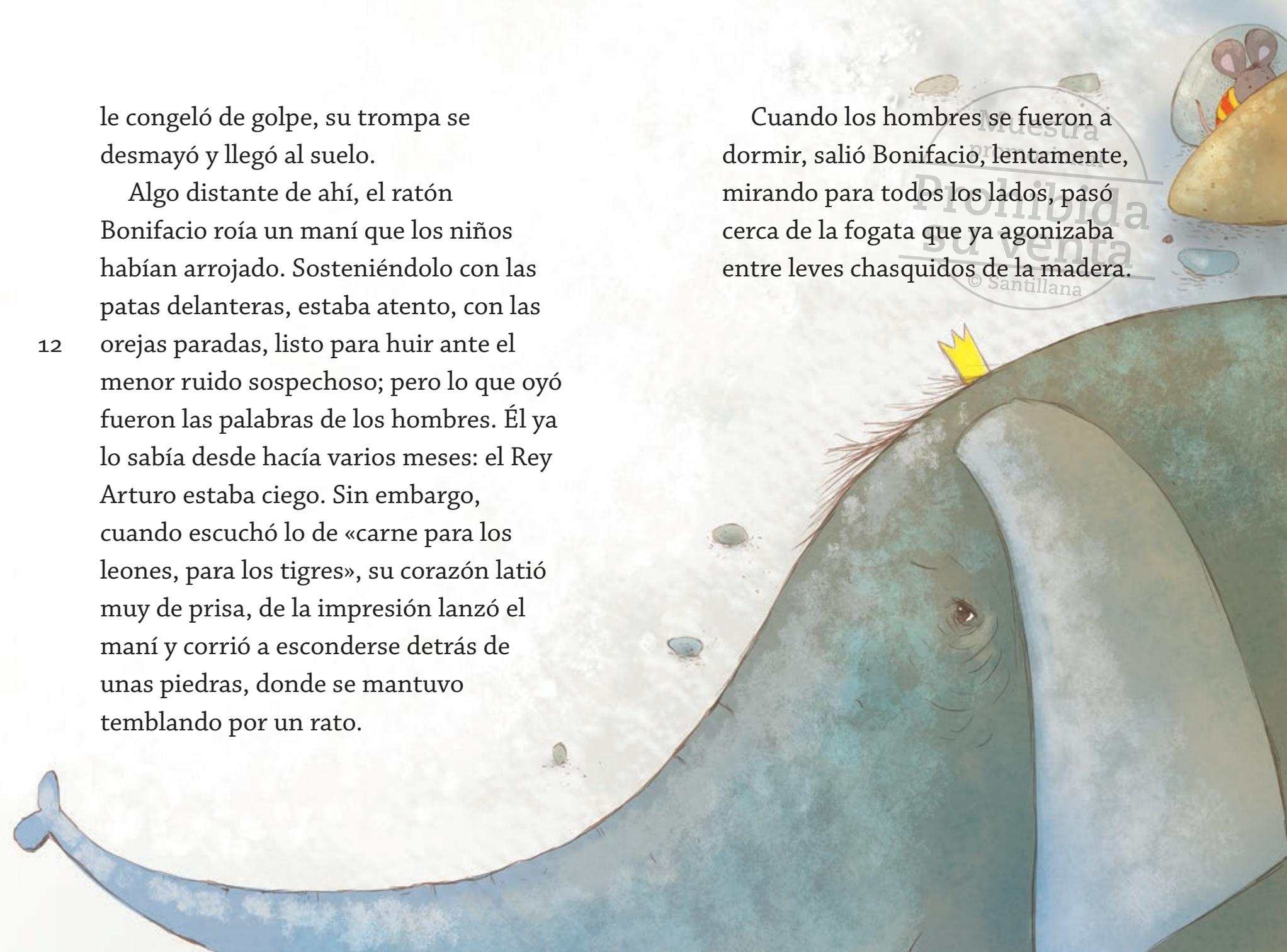
Varios metros más allá, el Rey Arturo se mantenía inmóvil y silencioso, como dormido, pero estaba atento a la conversación. Cuando escuchó aquello de «el Rey Arturo está ciego», un helado temblor le recorrió el cuerpo. Y más tarde, cuando oyó lo de «carne para los leones, para los tigres», toda la sangre se



le congeló de golpe, su trompa se desmayó y llegó al suelo.

12 Algo distante de ahí, el ratón Bonifacio roía un maní que los niños habían arrojado. Sosteniéndolo con las patas delanteras, estaba atento, con las orejas paradas, listo para huir ante el menor ruido sospechoso; pero lo que oyó fueron las palabras de los hombres. Él ya lo sabía desde hacía varios meses: el Rey Arturo estaba ciego. Sin embargo, cuando escuchó lo de «carne para los leones, para los tigres», su corazón latió muy de prisa, de la impresión lanzó el maní y corrió a esconderse detrás de unas piedras, donde se mantuvo temblando por un rato.

Cuando los hombres se fueron a dormir, salió Bonifacio, lentamente, mirando para todos los lados, pasó cerca de la fogata que ya agonizaba entre leves chasquidos de la madera.



Pronto estuvo muy cerca de la pata derecha delantera del Rey Arturo. Levantó la cabeza y miró su gigantesca mole oscura, inmóvil. Pensó que estaba dormido. Comenzó a llamarlo, primero con la voz más baja que pudo; luego fue subiendo el volumen. Sin embargo, el Rey no respondía. Se subió a la pata para hacerle cosquillas, pero la piel era muy gruesa. Reconoció que su voz era débil y que de esa manera no podría despertarlo. Se retiró un poco y lo estuvo observando minuciosamente. De pronto, vio la trompa que tocaba el suelo. Decidió subir por ella y llegar hasta el oído. Así lo hizo. Con gran

agilidad trepó por la trompa y logró meterse debajo del enorme pabellón de la oreja. Ya muy cerca del oído, volvió a llamarlo, pero no hubo resultado.

